

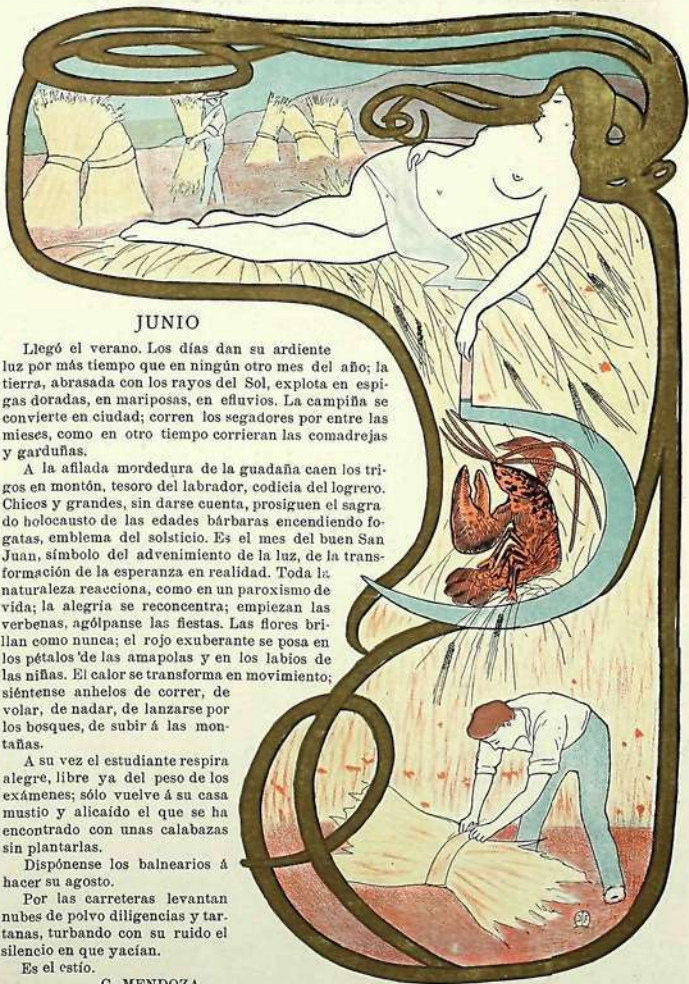


NÚM. 59

BARCELONA, 23 JUNIO 1900

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



JUNIO

Llegó el verano. Los días dan su ardiente luz por más tiempo que en ningún otro mes del año; la tierra, abrasada con los rayos del Sol, explota en espigas doradas, en mariposas, en efúvios. La campiña se convierte en ciudad; corren los segadores por entre las mieses, como en otro tiempo corrieran las comadreas y guardaños.

A la afilada mordedura de la guadaña caen los trigos en montón, tesoro del labrador, codicia del logrero. Chicos y grandes, sin darse cuenta, prosiguen el sagrado holocausto de las edades bárbaras encendiendo fogatas, emblema del solsticio. Es el mes del buen San Juan, símbolo del advenimiento de la luz, de la transformación de la esperanza en realidad. Toda la naturaleza reacciona, como en un paroxismo de vida; la alegría se reconcentra; empiezan las verbenas, agópanse las fiestas. Las flores brillan como nunca; el rojo exuberante se posa en los pétalos de las amapolas y en los labios de las niñas. El calor se transforma en movimiento; sientense anhelos de correr, de volar, de nadar, de lanzarse por los bosques, de subir á las montañas.

A su vez el estudiante respira alegre, libre ya del peso de los exámenes; sólo vuelve á su casa mustio y alicaído el que se ha encontrado con unas calabazas sin plantarlas.

Dispónense los balnearios á hacer su agosto.

Por las carreteras levantan nubes de polvo diligencias y tarantanas, turbando con su ruido el silencio en que yacían.

Es el estío.

C. MENDOZA



JOAQUÍN SOROLLA Y BASTIDA

El triunfo alcanzado en París por el pintor valenciano D. Joaquín Sorolla al ser recompensado con uno de los 19 premios de honor de la Exposición de Bellas Artes por sus admirables cuadros *Los Hijos del vicio* y *Saliendo del baño*, no solamente es justísimo, sino que podía preverse, pues en cuantos *Salones* han figurado obras suyas han sido éstas objeto de calurosísimos elogios. El señor Sorolla y Bastida era una firma autorizadísima en París.

Tampoco ha debido sorprender la elevada distinción otorgada al autor de *Aun dirán que el pesca do es carol*, á los que han seguido con interés su carrera. Nuestro malogrado amigo Ricardo Blanco Asenjo, que ha sido uno de los mejores y más inteligentes críticos de arte que ha tenido España, no vaciló en compararlo con Velázquez, pero no en son de hacer de Sorolla un nuevo pintor de las *Meninas*, sino á guisa de un rarísimo ejemplo de *conjunción*, como se dice en la bárbara jerga de estos tiempos, entre las tendencias de uno y otro y la manera de entender el arte.

La generalidad de nuestros compatriotas, poco aficionados á la pintura, como desgraciadamente se demuestra en la esfera económica y se ha visto con ocasión de las exposiciones de Velázquez y de Goya, ha creído deber tomar como un triunfo nacional el honor alcanzado por Sorolla, pero la verdad es que no tiene nada que ver una cosa con otra, antes al contrario, parece ser ley histórica que cuanto peor estamos más brillantes sean nuestras artes. Jamás ha tenido España tan excelentes pintores como bajo Felipe IV y Carlos II; bajo Carlos IV y Fernando VII pintó Goya, y en nuestros tristes días son muchísimos los pintores de primer orden con que contamos. Bien está que nos ufanemos con los lauros alcanzados por los artistas españoles en el extranjero, pero eso no basta para consolarnos de otras cosas; dejémonos de retóricas, y no confundamos las especies.

La cuestión no debe sacarse del terreno artístico, y aquí si que hay motivo para echar las campanas á vuelo. Sorolla, Rusiñol, Casas, Gándara, Zuloaga y hasta una docena más son celebradísimos en el extranjero, pero no por ser españoles, sino por ser grandes artistas; por lo demás ya se ha cuidado *la Comisión de meter la pata* para que se vea lo que es esto; nuestros artistas han tenido que denominar las dos últimas salas que ocupan en el *Gran Palacio* con los nombres de *Sala de Santiago de Cuba* y *Sala de Cavite*.

Para concluir: En París ha obtenido Sorolla la recompensa que se le negó en la última Exposición de Madrid, y esos que tanto se entusiasman ahora con el premio de la Exposición Universal hubieran podido hacer coro á los que en balde protestaron contra la sapiencia del jurado del Palacio de Cristal, que ni siquiera supo descubrir el Mediterráneo.

M. MAULEON

Ayuntamiento de Madrid



LA VERBENA DE SAN JUAN

(RECUERDO DE ANTAÑO)

Galanes almidonados
en cangilones de holanda;
muy pulidos de guedejas,
con bigotazo de á vara;
muy terciados de sombrero
que guarnecen plumas varias;
mucha hebilla en el zapato
y mucho afeite en la cara;
que presumen de matones,
puesta al desgaire la capa
y con la mano siniestra
acariciando la espada;
de pizca y tallo bien puestos,
y melosos de palabras;
que sois del amor corsarios
y gavilanes de damas;
que conquistáis corazones
al dechar de las miradas,
como otros á mosquetazos
conquistáis en Flandes, plazas;
que sois dechado en la corte
de prestunción de gracia,
y adornó de platerías,
calle Mayor y las Gradas;
y que tenéis en el Prado
vuestro campo de batalla,
donde rendís fortalezas

con municiones de plata;
que sois de dueñas, tormento,
de doncellas, esperanza,
y de viuditas agraces
consuelo en horas amargas;
y que buscáis aventuras
de las que admiran y encantan,
para que poetas chirlos
celebren vuestras hazañas;
y os feliciten amigos
que con ardor las propalan
y acaso os tornen las nuevas
corregidas y aumentadas;
bajad al Prado esta noche
porque en el Prado os aguardan
muy donosas aventuras
de San Juan en la velada;
que es la fiesta de más brillo,
de mayor renombre y fama,
que se celebra en la corte
del espléndido monarca
Felipe IV, el poeta
y galante Rey de España,
afortunado en amores
cuanto desdichado en armas.

Doncellitas del rebozo
que os andáis muy recatadas
por ocultar que en el pecho
sentís de boda mil ansias;
que por forjar un marido
ponéis en tortura el alma
y llegáis á ser maestras
en tapadijos y tramas;
las que del manto en las redes
ocultáis vuestras marañas
y vais á pescar incautos
que se corren en sus mallas;
las que en viudes prematura
gemís de tocas esclavas,
y, á pesar de ser tormento,
os sienta bien ser tocadas;
las mozelas que en amores
al son que las tañen bailen
y saben hacer carocas
á tenor de quien las paga;
todas, nobles y plebeyas,
señoras y menestralas,
bajad al Prado esta noche
que es de San Juan la velada...

Millares de farolillos,
despidiendo luz opaca
prestan misterio á la sombra
que proyecta la enramada.
Y ocultos por la penumbra,
de doñaire haciendo gala,
se divierten los amantes
en tiernas, azabrosas pláticas:
más allá, lejos del ruido
y ve importunos que daban,
cruzando rayos de acero,
al chocar de las espadas,
se disputan dos valientes
la posesión de una dama:
que agravios de amor y de honra
sóto con sangre se lavan;
óyense mil instrumentos
interrumpiendo la calma
de la noche, que convidan
con sus ecos á la danza:
todo es placer y bullicio,
todo ruido y algazara,
y venturas y alegría
de San Juan en la velada.

LUIS FALCATO





EZE Y SAINT-JEAN (COSTA FRANCESA DEL MEDITERRANEO)

LA CORRIDA DE TOROS DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA

Brillantísimo fué el éxito que alcanzó la corrida de toros organizada por la Asociación de la Prensa de Madrid el 12 del corriente, á beneficio de la misma. Se podrá discutir la conveniencia moral del espectáculo, pero es indudable que, prácticamente, no cabía más seguro recurso para allegar fondos con que atender á las humanitarias obligaciones de dicha corporación.

La plaza estaba profusamente adornada con banderas y guirnaldas, y se comenzó por la rifa de los objetos regalados: cuadros, moñas, trastos de matar, etc.; siguió luego el *paseo* en el que figuraban los alguacillitos, las elegantes calesas, guiadas por actores, en que eran conducidas las ricas moñas, obsequio de varias ilustres damas, algunos socios á caballo y, por fin, la cuadrilla, con Mazzantini, Fuentes, Bombita y el Algabeno, cerrando la marcha las mulillas.

En la primera parte de la fiesta se dió el espectáculo del *Acoso y derribo* de varios becerros, componiéndose la segunda de la lidia de

ocho toros de Saltillo. La concurrencia fué un lleno colosal deslumbrando con su belleza las mujeres que en gran número habían respondido al llamamiento de la prensa.



REGALO DE LAGARTIZO: CABEZA DE TORO DE LA GANADERIA DE D. ANASTASIO MARTIN MUERTO POR DICHO DUEÑO EN LA PLAZA VIEJA DE MADRID.



CALESA GUIADA POR EL ACTOR D. EMILIO MESERO



LOS ESPADAS FUENTES, MAZZANTINI, «ALGABENO» Y «BOMBITA»



CARTEL DE LA CORRIDA, PINTADO POR M. BENELLIURE

Parece que los diestros no correspondieron á lo que podía esperarse de ellos, dada la excelencia del ganado. pero nadie se quejó en demasía, pues el carácter de la corrida y lo escogido de la concurrencia obligaban á mirar menos á los palcos y tendidos que al redondel.

En suma, la gente pasó un rato divertido y la Asociación realizó su noble aspiración de aumentar los recursos con que hacer frente á sus benéficas atenciones, pudiendo disculparse los medios en consideración al caritativo fin que se perseguía.

JULIAN MARTINEZ

CAFE CON GOTAS por Verdugo



1 D. Canuto, á pesar de sus años, habia berbo una conquista amorosa. A las cuatro de la tarde tenia una cita con la bella, y, como no era más de las tres cuando salió de su casa, pensó ir á El cuerno de oro á tomar café



2 Apenas se hubo sentado D. Canuto, un camarero de rostro bastante feo, por cierto, vino á ofrecerle sus servicios, preguntándole qué iba á ser, á lo cual contestó el hombre de nuestra historia que café con gotas.



3 El echador, hombre también feo y algo narigudo, no tardó en presentarse y... ¡cuera se hubiera presentado, que á él debió de ir Canuto la mayor desgracia que pudo ocurrirle en su vida! Distraído el chico, al echar la leche con la diestra, con la izquierda vació media cafetera en el sombrero del viejo enamorado.



4 Ni éste ni el mozo advirtieron lo ocurrido, y D. Canuto estuvo largo rato en el café protestando entre dientes de que el camarero no le hubiera puesto las gotas que le habia pedido, lo cual, entre otros perjuicios, le habia irrogado el de tenerle que beber frío el café, á causa del tiempo que habia estado esperando la llegada del ron apetecido.



5 No por esto dejó de dar D. Canuto sus diez céntimos de propina al olvidadizo camarero, el cual, al recordar que no habia puesto las gotas demandadas, hubo de pronunciar algunas frases molestas para su propia persona que convencieron en absoluto al parroquiano de que, en efecto, sólo á un olvido involuntario debiase la falta.



6 Y al salir D. Canuto del café cuando ya cerca de la puerta se disponía á poner sobre su cabeza el flamante sombrero, ocurrióle el percance más terrible que pudieron imaginar amantes desgraciados. Un chaparrón inmenso cayó sobre su cabeza, salpicándole sus ropas y dejándole en verdadero estado de canuto.

La cita se habia agitado. Y el bruto del camarero que no podía sospechar lo que este accidente significaba para el pobre viejo, reíase desapiadadamente de lo ocurrido y había seatrevido á murmurar irónico: —Anda, ¿no querías gotas?

Los estudiantes en Junio



No cabe duda que uno de los elementos más principales que componen nuestra juventud son los estudiantes. De ellos sale el porvenir de la patria: porvenir de gloria ó de decadencia.

Pues bien: recordemos tan interesantes figuras por un momento. Tracemos su silueta en esa época fatal del examen, que durante el mes de Junio los tiene en horrible tortura; tortura que continuará durante el verano para aquellos con quienes el

éxito se muestra esquivo. ¡Fatídico mes de Junio! Cuando llega, huye la alegría del estudiante.

¡Adiós, tertulias del café, partidas de billar, plicecitas de teatros por horas, correcciones de modistas!

Los estudiantes más morosos se sienten reos de desaplicación, y tratan de apaciguar su conciencia recopilándose de pronto con sus deshechos libros.

Allí están sobre la mesa de estudio, empolvados, virgines muchos de ellos, con su voluminosa entraña inexplorada, con sus páginas quemadas acaso por el cigarro caído, ó arrugadas quizá por los cabeceos del sueño.

Pero, ha llegado para los libros, con el verano, el día de su resurrección, después del fastidioso letargo de invierno.

Sus blancas y negras hojas se abren á par que las de los capullos de flores.

Ya están desplegadas en dos alas sobre el pupitre, bajo los ojos devoradores del estudiante. La ciencia exhala su perfume, su vaho, sus emanaciones sutiles, en las que se impregna el espíritu, hasta entonces distraído en otros quehaceres, y cuyos volátiles sírdenes de enseñanza va prendiendo con alfileres momentáneos la memoria.

Y las cabezas estudiantiles se convierten en colmena, donde las ideas entran de porrazo, con zumbidos atolondradores. Las horas pasan entretanto, silenciosas y solapadas como reptiles. Cada mañana que allorea y empalidece la claridad de la lámpara de estudio, junto con las mejillas del estudiante, es un paso que acerca al reo de desaplicación ante el tribunal de examen.

¡Qué congojas! ¡Qué tirantez de nervios! ¡Qué calentamiento de mollera!

Aquello no es vivir, es le espoleado por la zozobra del vértigo.

¡El estudiante come, ni duerme, ni pasa.

Es un automata de la ciencia, una marioneta de repetir lecciones. ¡Qué sudores! ¡Qué agonías! ¡Qué espantosas alternativas de alientos y desmayos! Con su aprendizaje, en fin, de última hora se examina.

Su madre, su hermana, su novia acaso, rezan por el próspero resultado del examen. Toda la corte celestial es demandada en ayuda del estudiante pígre. Otras influencias más terrenales y positivas pónense en ejercicio, y á la postre el estudiante más burro suele salir graduado de sabio.

Mas, al lado de los estudiantes desaplicados, que suelen ser de familia rica, existe una clase de estudiantes sumamente simpática: la del estudiante aplicadísimo, pobre, hijo del pueblo.

Estudia más que come, durante el curso; vela más que pasa, y su reposo, su recreo, su ambición son los libros.

Un culto en él es el libro, esa sucesión de páginas sugestivas como ojos de mujer amada.

De estos oscuros estudiantes, moradores de buhardillas, salen, no lo dudéis, los futuros genios, los hombres del porvenir, los soldados del arte ó de la ciencia, los héroes que conquistarán el mundo con su palabra, con su inteligencia ó con su pluma.

¡Qué interesante figura la de estos estudiantes!

Viven como viejos, y son jóvenes.

Acaso ven, entre la bruma dorada de sus sueños enardecidos, la mágica silueta de una mujer amada. Mujer ideal, pura, hermosa, que adopta las formas de una ilusión. Mujer que no incita al vicio, sino que es seducta á las grandes empresas.

Para ellos, las Lauras, las Beatrices, las Eliotas, aun siguen cruzando por la vida.

SOTERO VARELA





El venerable sacerdote Zacarías acababa de entrar en el Templo para poner el incienso en el altar de los perfumes; fuera, en la gran plaza del Ulam, ó vestíbulo, la muchedumbre oraba. De pronto sintió el anciano correr el frío por sus venas; en pie, á la derecha del altar, había un ángel. A tal visión, tembló con todos sus miembros el servidor del Templo mientras el ángel le decía:

—No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Isabel, parirá un hijo, á quien impondrás el nombre de JUAN. Y se gozarán muchos en su nacimiento, porque será grande delante del Señor, y no beberá vino ni sidra, é irá delante de él con el espíritu y la virtud de Elías para convertir los corazones de los padres á los hijos, y aparejar al Señor un pueblo perfecto.

El sacerdote, desfallecido por la violenta emoción que le ocasionaran la visión y la voz del Ángel, replicó:

—¿En qué conoceré yo esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer está avanzada en días.

Entonces repuso el ángel:

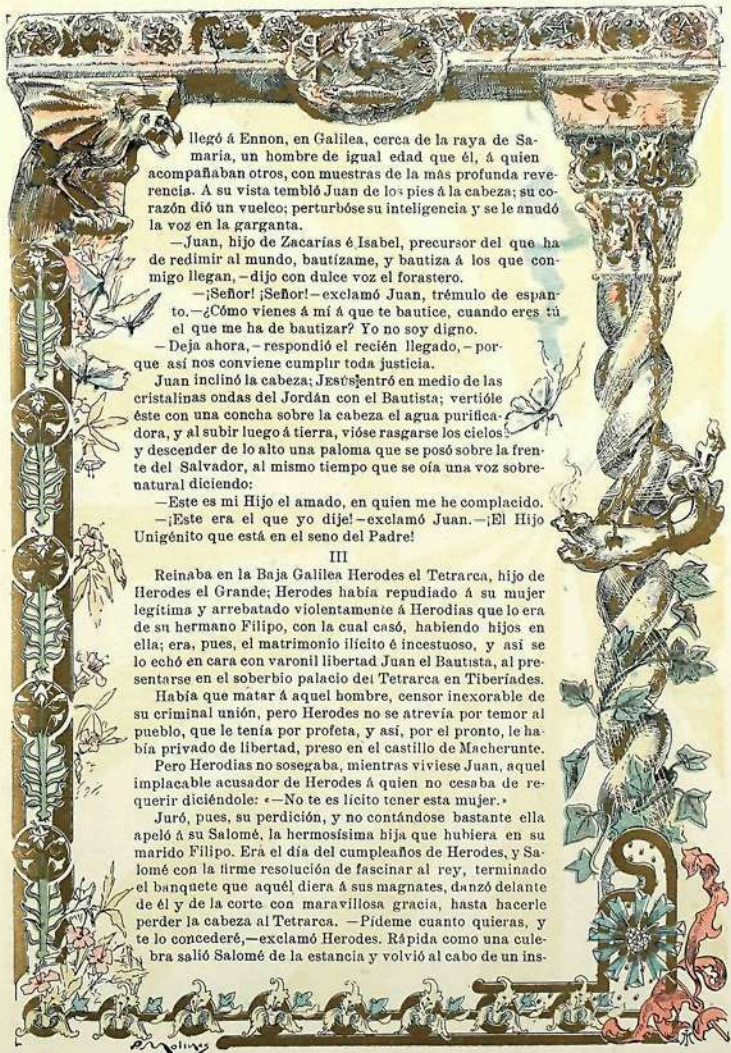
—Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios, y tú quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día que esto sea hecho porque no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán á su tiempo.

El pueblo, viendo la tardanza de Zacarías en salir del templo, se extrañaba, pero subió de punto su maravilla cuando, al aparecer de nuevo, no les podía hablar, y sólo por señas les daba á entender que había tenido una visión en el santuario. Terminada la semana en que debía ejercer su ministerio sacerdotal, retiróse el anciano á su casa, y con profundísimo asombro por su parte, concibió Isabel, que, llena de confusión al ver que sería madre, permaneció reclusa cinco meses. Todo se cumplió como había anunciado Gabriel; Isabel parió un hijo, y habiendo Zacarías recobrado el habla le puso por nombre JUAN, que significa *Poseedor de gracia*.

II

El niño fué creciendo y era cosa extraña verle siempre como ensimismado, sin tomar parte en los juegos infantiles ni buscar la compañía de los camaradas, como si, en su tierna edad, pesase la más honda preocupación en su ánimo y le embargasen los más graves pensamientos, hasta que un día, adolescente apenas, abandonó su hogar para habitar en los desiertos y en las cavernas de los montes, á guisa de los profetas de otros tiempos.

¿Cómo podía vivir aquel solitario en las desoladas vertientes de las montañas de Gilead? Aspera zanaarra tejida de pelos de camello y ajustada á los lomos por un grosero ceñidor de cuero cubría sus carnes, curtidas por el sol y por los vientos; langostas y miel silvestre eran su único alimento; las gentes de la ribera del Jordán hablaban del solitario con supersticioso terror, asegurando que no comía ni bebía. Veinte años contaba Juan, cuando creyéndose ya con capacidad suficiente, comenzó á predicar la penitencia y el bautismo en el Desierto de Judea, porque se acercaba el reino de los cielos. Inmensa muchedumbre acudía á oírle; de Jerusalén, de toda la Judea y de las riberas del Jordán salía innumerable gentío á escuchar su palabra y hacerse bautizar por él en el río, confesando sus pecados. A todos acogía Juan con amorosas demostraciones, menos á los fariseos y saduceos, raza de víboras, á quienes llenaba de invectivas conociendo su falsía. Juan, sin embargo, no podía ahuyentar aquella abrumadora preocupación que pesaba sobre su ánimo. Sabía que debía ver más pronto ó más tarde al Mesías, á quien reconocería por posarse sobre él una paloma, según le comunicara la revelación tenida. Y Juan se estremecía al pensar en aquel momento. Un día, cuando Juan contaba treinta y tres años,



llegó á Ennon, en Galilea, cerca de la raya de Samaria, un hombre de igual edad que él, á quien acompañaban otros, con muestras de la más profunda reverencia. Á su vista tembló Juan de los pies á la cabeza; su corazón dió un vuelco; perturbóse su inteligencia y se le anudó la voz en la garganta.

—Juan, hijo de Zacarías é Isabel, precursor del que ha de redimir al mundo, bautízame, y bautiza á los que conmigo llegan, —dijo con dulce voz el forastero.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó Juan, trémulo de espanto. —¿Cómo vienes á mí á que te bautice, cuando eres tú el que me ha de bautizar? Yo no soy digno.

—Deja ahora, —respondió el recién llegado, —por que así nos conviene cumplir toda justicia.

Juan inclinó la cabeza; Jesús entró en medio de las cristalinas ondas del Jordán con el Bautista; vertióle éste con una concha sobre la cabeza el agua purificadora, y al subir luego á tierra, vióse rasgarse los cielos, y descender de lo alto una paloma que se posó sobre la frente del Salvador, al mismo tiempo que se oía una voz sobrenatural diciendo:

—Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido.

—¡Este era el que yo dije! —exclamó Juan. —¡El Hijo Unigénito que está en el seno del Padre!

III

Reinaba en la Baja Galilea Herodes el Tetrarca, hijo de Herodes el Grande; Herodes había repudiado á su mujer legítima y arrebatado violentamente á Herodías que lo era de su hermano Filipo, con la cual casó, habiendo hijos en ella; era, pues, el matrimonio ilícito é incestuoso, y así se lo echó en cara con varonil libertad Juan el Bautista, al presentarse en el soberbio palacio del Tetrarca en Tiberíades.

Había que matar á aquel hombre, censor inexorable de su criminal unión, pero Herodes no se atrevía por temor al pueblo, que le tenía por profeta, y así, por el pronto, le había privado de libertad, preso en el castillo de Machेरunte.

Pero Herodías no sosegaba, mientras viviese Juan, aquel implacable acusador de Herodes á quien no cesaba de requerir diciéndole: «—No te es lícito tener esta mujer.»

Juró, pues, su perdición, y no contando bastante ella apeló á su Salomé, la hermosísima hija que hubiera en su marido Filipo. Era el día del cumpleaños de Herodes, y Salomé con la firme resolución de fascinar al rey, terminado el banquete que aquél diera á sus magnates, danzó delante de él y de la corte con maravillosa gracia, hasta hacerle perder la cabeza al Tetrarca. —Pídeme cuanto quieras, y te lo concederé, —exclamó Herodes. Rápida como una culebra salió Salomé de la estancia y volvió al cabo de un ins-



tante con una fuente de plata, diciendo:
— Dame aquí, en esta fuente, la cabeza de Juan el Bautista.

Nublóse la frente de Herodes al oír semejante petición, pero había dado su palabra. Llamó á sus oficiales, y les dió orden de degollar al preso de Macherunte. El mandato quedó cumplido: Juan fué degollado, y puesta su cabeza en la fuente que presentara Salomé al Tetrarca, le fué traída. La cruel princesa, alborozada, corrió á entregársela á Herodias. En breve corrió la noticia de aquella muerte: los discípulos de Juan se presentaron en el castillo á reclamar el cadáver, y lo enterraron piadosamente.

ALFREDO OPISSO



LA VERBENA DE SAN JUAN

Ayuntamiento de Madrid



MINIATURA

Sin saber á donde va
febril, pálida y llorosa,
camina la pobre Rosa
por la calle de Alcalá.
¡Preciosa niña! Modelo
de arrogancia y de hermosura
lanzado desde la altura
para decirnos que hay cielo.
Descúbrese algo en su tez
que al punto causa extrañeza;
la copia de una belleza
que se ha visto alguna vez.
Recordarla es vano empeño
porque mujer tan divina
solamente la imagina
el niño en su primer sueño.
La que pobre percal viste,
fijándose en su semblante,
oigo que dice á su amante:
—¡Qué hermosa... pero qué triste!
De mi corazón rebosa
al verla, el pesar que abrigo,

y al mirarla también digo:
—¡Qué triste... pero qué hermosa!
En mi pensamiento queda
su gentileza y su traje
de lujoso y rico encaje
y de fina blonda y seda;
pero en el alma, tan honda
impresión al punto siento,
que escapan del pensamiento,
tanto encaje, tanta blonda,
tanta helénica belleza,
tanto tul, tanto brillante,
tanto vistoso diamante
y tantísima tristeza.

Pensando en sus aventuras,
en sus pasados amores
en sus mil adoradores
y en sus penas y amarguras,
sin saber á donde va,
febril, pálida y llorosa,
camina la pobre Rosa
por la calle de Alcalá.

ANTONIO SOLER

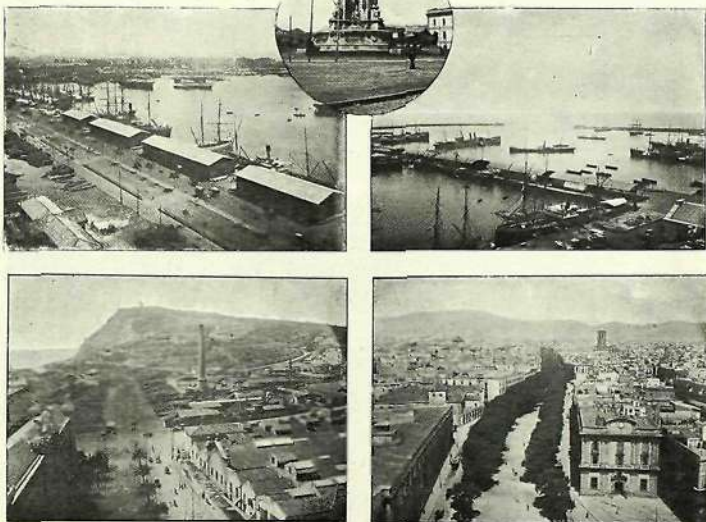
BARCELONA: VISTAS TOMADAS

El monumento al insigne descubridor de las Américas es uno de los más notables con que cuenta la ciudad condal, y el que verifica la ascensión hasta el globo sobre que descansa el gran navegante genovés puede gozar de una vista maravillosa, que alcanza, no sólo vasta porción del mar, sino también de tierra.

Hablamos ya de la Rambla de Estudios, donde existe el mercado de los pa-

DESDE EL MONUMENTO A COLÓN

jaros, y comparando el aspecto de esa Rambla con el que ofrece la de Santa Mónica se hace evidente la honda diferencia; todo respira allí actividad mercantil: el Banco, y próximamente, el muelle de San Ramón, con sus tinglados, desembarcaderos, gruas, barraeas; pasando luego por delante del monumento á Colón y siguiendo por detrás del Parque de Artillería, se sale á la escollera, desde



donde se divisan los dos muelles de Cataluña y Nuevo, que cierran el puerto. La característica de esos sitios es el tráfico vertiginoso de carros y todo género de vehículos, el polvo negro y el aire cargado de emanaciones marinas en contraste con el paisaje fabril de la parte del Este, erizada de chimeneas.

P. ROIG



FERIA DE SAN ANTONIO EN LA RAMBLA DE ESTUDIOS



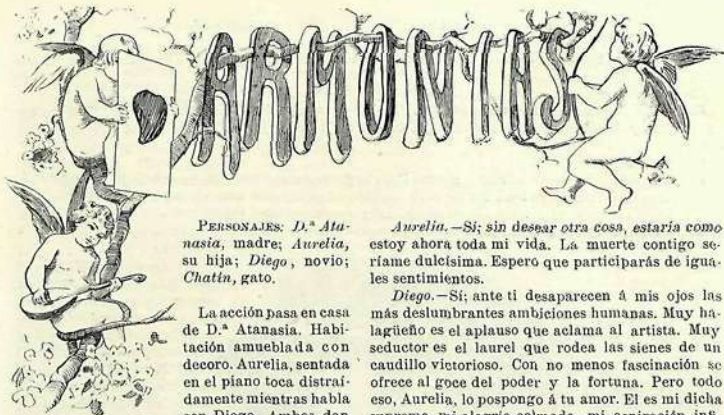
LOS GIGANTES FRENTE A LAS CASAS CONSISTORIALES

Ayuntamiento de Madrid



UN CÁLCULO DIFÍCIL

Ayuntamiento de Madrid



PERSONAJES: D.^a Atanasia, madre; Aurelia, su hija; Diego, novio; Chatin, gato.

La acción pasa en casa de D.^a Atanasia. Habitación amueblada con decoro. Aurelia, sentada en el piano toca distraídamente mientras habla con Diego. Ambos dan la espalda á D.^a Atanasia, que sentada junto al brasero, conversa á su vez con Chatin, sentado en la tarima frente á ella.

I

ESCENA EN SÍ

Diego. — ¿Me amas?

Aurelia. — Sí.

Diego. — Repítelo otra vez. ¿Me amas?

Aurelia. — Te he dicho que sí.

Diego. — Quiero oírlo de nuevo. ¿Me amas?

Aurelia. — Sí, sí, sí, y mil veces sí.

Diego. — ¡Qué hermosa es esa palabra, á pesar de ser tan sencilla, cuando es pronunciada por unos labios adorados! Después de escucharla, no se desea oír ninguna otra en la vida. En ella se encierra, Aurelia queridísima, mi felicidad toda.

Aurelia. — Y tú, ¿me amas?

Diego. — Sí.

Aurelia. — ¿De veras?

Diego. — Sí.

Aurelia. — ¿Será siempre lo mismo?

Diego. — Sí.

Aurelia. — Yo también soy muy dichosa oyéndote decir eso. Si me engañaras, moriría. Pero creo que tu amor será verdadero, profundo, constante.

Diego. — Sí, lo es. No puedo concebir la idea de vivir sin estar á tu lado. El mundo sin ti parecería un desierto, una prisión, una tumba. Tú eres el aire que respiro, el sol que me alumbra, el alimento que me sustenta. Aunque el cuerpo no puede prescindir, para su existencia de cosas materiales, sin el encanto de que tú me rodeas, yo perecería. Ya ves; soy feliz, felicísimo, así junto á ti, con sólo verte. ¿Te sucede lo propio?

Aurelia. — Sí; sin desear otra cosa, estaría como estoy ahora toda mi vida. La muerte contigo sería dulce. Esperó que participarás de iguales sentimientos.

Diego. — Sí; ante ti desaparecen á mis ojos las más deslumbrantes ambiciones humanas. Muy hágueme es el aplauso que aclama al artista. Muy seductor es el laurel que rodea las sienes de un caudillo victorioso. Con no menos fascinación se ofrece al goce del poder y la fortuna. Pero todo eso, Aurelia, lo pospongo á tu amor. El es mi dicha suprema, mi alegría colmada, mi aspiración infinita. Amémonos, amémonos siempre como ahora.

Aurelia. — Sí, amémonos con todas nuestras fuerzas, y nada en el mundo será capaz de hacernos desgraciados.

Diego. — Eso es. Nuestro amor será un escudo contra el infortunio.

Aurelia. — Y contra la adversidad.

Diego. — Y contra la pobreza.

Aurelia. — Y contra la vejez.

Diego. — Y contra todas las impuras realidades terrenas.

Aurelia. — Seremos dos cuerpos y un alma.

Diego. — Seremos un ser solo.

Aurelia. — Siempre unidos íntimamente.

Diego. — Sí; enlazados con este vínculo.

(Suenan un beso).

II

ESCENA EN MI...AU

D.^a Atanasia. — ¿Qué te parece, Chatin, el frío que hace? Responde. ¿No sería mejor que nos acercásemos más al brasero?

Chatin. — Míam.

D.^a Atanasia. — Veo que me comprendes. Tú y yo estamos por lo positivo. ¿No es verdad que es agradabilísimo, cuando nieva en la calle, sentir el calorillo de las brasas?

Chatin. — Míam.

D.^a Atanasia. — Sí; esto conforta el cuerpo. La vida no brinda con otros placeres efectivos que los que vienen en ayuda de nuestras flaquezas físicas. Blanda cama para el sueño, ardor para los miembros entumecidos, ropas para las carnes. Tú eres dichoso, pues no necesitas de sastre que te vista, y donde quiera encuentras un lecho en que te enroscas

con tu ramorcillo. Pero, en cambio, la pitanza... ¿Qué me dices de la pitanza? ¿Te agradan las buenas magras?

Chatin.—Miau.

D.^a Atanasia.—A mí también me agradan. ¿Qué sabor tan delicioso tienen las chuletas! ¡Qué pechuga tan tierna y delicada nos da la gallina! ¡Qué deleite sería comer jamón a todo pasto! ¿Te sabe bien todo eso?

Chatin.—Miau.

D.^a Atanasia.—Yo no me hartaría nunca. Pero hay otras cosas también muy atendibles. ¡Si no hubiera caseros en el mundo, ni tenderos de ultramarinos, ni panaderos, ni carboneros, ni lavanderas, ni albrado, ni estero, ni renovación de mobiliario y vestuario! ¡Qué plaga! De ella te libras tú. Envidio tu suerte. A ti poniéndote tu plato bien repleto de cositas sabrosas estás tan contento. ¿Verdad?

Chatin.—Miau.

D.^a Atanasia.—Ni aun el amor te acongoja. Ya tuve yo buen cuidado cuando eras pequeño, de entregarte en manos del aguador, quien te dejó para toda tu vida horror de gatas. Para mí también el amor, merced a mi vejez, es música insípida. ¡Si acaso tú y yo nos amamos es porque nos necesitamos. Yo te doy regalillos para el piquito, tú me calientas los pies en la cama. Y así vamos viviendo, tan satisfechos. Mas ¿qué te ocurre? ¿Se te abre la boca? ¿Tienes hambre?

Chatin.—Miau.

D.^a Atanasia.—Llevas razón. Ya es hora de la cena. Es menester que estos enamorados terminen su coloquio. Enbebidos en 'sí mismos, olvidan a los demás. ¡Señores a la mesa!

Chatin.—(Dirigiéndose al comedor, con el 'rabo enarbolado, a manera de banderín). Miau, miau, remiau.

III

ESCENA EN DO...LOR

El Maestro.—(Autor de la obra que toca distraídamente Aurelia).—¡Para eso he quedado! ¡Para servir de encurridor a los amantes! Mis fatigosas

vigilias, mis sueños de gloria, mis febriles inspiraciones no han logrado otro resultado. ¡Qué dolor tan tremendo! Primero la oscuridad, después humo dorado, finalmente, la indiferencia. ¡Si pudiera salir de mi tumba y aniquilar todo lo que he escrito! Sin duda, dormiría en paz mi último y eterno sueño.

—¡Qué dolor tan inmenso! ¡Oh, enamorados! Yo escribí mis armonías para mecer en dulces idealidades nuestro corazón, no para que los tomárais indolentemente como pretexto a vuestros disimulados afanes.

—Sabed, para que me tengáis alguna compasión, que cada nota, estampada en el pentágrama, fué un grito de mi alma, una gota de sangre de mi pecho. Sí; tened lástima.

JULIO ESQUIVEL

(Dibujos de Sánchez Covisa)



PEPITORIA

LIBROS NUEVOS

Entre los libros que han aparecido últimamente, dando fe de que no se ha extinguido en España la raza de los buenos escritores debe mencionarse especialmente la novela *Gentil caballero* del notabilísimo escritor D. José M. Matheu, cuyas obras, sin excepción, son todas de primer orden por la pureza del lenguaje, la verdad de la observación, lo interesante de la fábula y lo sano de las tendencias. *Gentil caballero*, sin embargo, aventaja aun á las anteriores por lo movido de la trama y la pintura de las escenas y los caracteres, si siempre admirable en las novelas de Matheu, llevada en esta á la última perfección.

El distinguido escritor D. Alejandro Larrubiera ha publicado á su vez una lindísima novela con el título de *La Virgencita*, que leerán con singular placer todas las personas de buen gusto; el estilo es de lo más agradable y los caracteres están expresados con tanta gracia como verdad.

El Sr. Cánovas y Vallejo (D. José) ha dado á luz una colección de cuentos: *Lances de amor y fortuna*, exuberantes de ingenio y amenidad.

COMPOSICIÓN QUÍMICA DEL HOMBRE

El hombre está formado de las combinaciones de trece cuerpos simples, 5 gases y 8 sólidos; 6 de otra manera, de 5 metales y 8 metaloides. Un individuo de mediano peso (como de unos 70 kilogramos) está compuesto de 44 kilogramos de oxígeno, 7 de hidrógeno, 1,73 de azoe, 800 gramos de cloro, 100 de fluor, 12 kilogramos de carbono, 890 gramos de fósforo, 100 gramos de azufre, 175 kilogramos de calao, 80 gramos de potasio, 70 gramos de sodio, 50 gramos de magnesio y 45 gramos de hierro. Si el oxígeno y el hidrógeno estuviesen en estado libre, ocuparían respectivamente 28 y 80 metros cúbicos de espacio.

El *Iron*, del que tomamos los anteriores datos, se lamenta de que el cuerpo humano no contenga ningún metal precioso, y, por lo tanto, no

puede la especie ser explotada industrialmente.

SIN SABER LA HORA

Entre los grandes alieientes que ofrece la Exposición Universal no es el menos interesante la perturbación que experimentan los relojes. Es el caso que en la antigua y en la nueva Galería de Máquinas hay instalados dos grupos electrógenos, es decir, de máquinas generadoras de electricidad para la iluminación y demás, de 20,000 caballos de fuerza cada uno, estableciéndose á su alrededor y en extenso espacio un *campo magnético*, como si dijéramos una atmósfera de este carácter. Ahora bien todas las piezas de acero que se hallan dentro de ese campo se convierten *ipso facto* en imanes y el muelle real pasa á ser como la aguja de una brújula, que señala al norte. Este movimiento trasciende á las demás piezas, y de ahí que la maquinaria sufra las más extrañas perturbaciones, resultando imposible saber que hora es.

Hasta ahora el único medio descubierto para evitar tamaños accidentes es depositar el reloj en Peñaranda ó *chez ma tante*, como dicen á orillas del Sena.

Lo que es el cañón Maxim en la guerra fratricida, es como buen callicida el del gran LADIVONSIM.

EX DIBUJO DE ALBERTO DURERO

En la venta realizada recientemente en París de la colección de dibujos antiguos de M. Defer, se ha adjudicado en 36,000 francos el retrato de Jacob Merffel burgoamestre de Nuremberg, por Alberto Durero. El tipo de la tasación era 20,000 francos. El opulento aficionado que ha adquirido el dibujo no ha querido dar su nombre, habiéndose valido de tercera persona.

BORRACHERA ACUÁTICA

Según el doctor Meyer, de Metz, existe una forma de borrachera producida por el uso de aguas minerales gaseosas. Entre otros casos re-

gistrados se cuenta el de un diabético que, en cuanto bebía algunos vasos de agua gaseosa, por estilo de la de Seltz, presentaba todos los síntomas de la embriaguez: pérdida de la memoria, alegría, exultante, extravagantes caprichos, etc.

LONGEVIDAD

Henry Jenkins, natural de Ellerton-on-Swale, aldea del condado de York, Inglaterra, vivió 169 años. Nació en 1510 y murió en 1679. La aldea no tiene otra celebridad que ser cuna de aquel nuevo Noé, y á la verdad es bastante.

CHARADA



TARJETA

Antonio Derunjo

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior
Charada.—Paleta.



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSERTARSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid